

V. Blasco Ibáñez
El París de los románticos
(*El Imparcial* [México], 21-9-1908)

La Sociedad de Trabajos Históricos de la ciudad de París ofrece en estos momentos al público una exposición poco visitada, pero de gran interés para el escritor y el artista.

Esta exposición se titula París en el tiempo de los románticos. No hay en ella muebles, alhajas ni lujosos trajes. Libros y estampas constituyen todo su encanto, pero de estos volúmenes y estas litografías surge un encanto especial, algo que pudiera llamarse el perfume de la Francia gloriosa.

¡El París de los románticos!

¡El París de 1828 a 1848!

¡El París de Hugo, Balzac, Dumas, Gautier y tantos otros más!... En menos de medio siglo Francia reformó el mundo por el apostolado político, la conquista guerrera y la fuerza de la poesía. La revolución hace temblar los tronos y despierta a los pueblos: años después, un capitán de artillería convertido en César, obliga a los reyes de Europa a ser feudatarios de un país; y cuando termina el apostolado de las ideas con la muerte de la República, y el apostolado de las armas con la caída de Bonaparte, surge para continuar su obra de dominación en plena paz un tercer conquistador, con una lira en sus manos, padre glorioso de la literatura romántica que conquista la tierra entera tras ruidosas batallas con más rapidez y mayor ímpetu que los ejércitos napoleónicos.

Danton ruge, Bonaparte ordena, Hugo profetiza al son de su lira de bronce, y la sucesión de estos tres grandes conductores de multitudes, se forma la influencia mundial de Francia.

Interesa ver de cerca, como en una fantástica resurrección, el París antiguo, de estrechas callejuelas y costumbres provincianas que fue cuna del movimiento romántico; las vías mal empedradas y peor alumbradas por las que circulaban jóvenes melencolios, de estrecho talle, amplia levita y pantalón ceñido, entusiastas aplaudidores de Victor Hugo en la noche del estreno de *Hernani*; las casas ventrudas y de agudo techo que habitaron los personajes de Balzac; los cabarets y bailes públicos del barrio Latino, donde gritaba el estudiante: «Un paso de cancan, el abrigo en casa de “mi tía” (la casa de préstamos) y cinco francos en el bolsillo, eso es la felicidad, la verdadera felicidad».

¡Cuán distinto el París del presente! Calles famosas, cuyos nombres conocemos por las novelas, hace medio siglo que no existen; casas que

habitaron grandes escritores, que aún hoy admiramos casi como contemporáneos, son plazas o han desaparecido dentro de modernos inmuebles; los bulevares ocultan bajo su línea recta igualitaria todos los recuerdos de una época que conocieron nuestros padres. Las reformas de Napoleón III mataron para siempre el París de los románticos y el París de las revoluciones.

Contemplando este viejo París que parece de remotas edades, a pesar de que aún no ha transcurrido un siglo desde su muerte, se aprecia la grandiosidad de los enormes trabajos realizados para su ensanche y embellecimiento. No: el antiguo París romántico no puede compararse con el del presente, limpio, brillante, elegantísimo, y sin embargo, la simpatía del observador va hacia las antiguas callejuelas; hacia las alturas de Montmartre, ocupadas hoy por hermosos barrios modernos y entonces por míseros molinos de viento; hacia el París latino donde viven ahora jóvenes correctos y bien vestidos que se disponen para ser diputados, y bullían en otros tiempos los estudiantes descritos en *Los miserables*, que se preparaban para morir en la barricada por un ideal.

El antiguo París tenía un alma, y esa alma es la que nos atrae y nos encanta, reviviendo en los recuerdos del pasado. El París del presente tal vez tenga un alma también, pero no es fácil verla, tan difusa y sutil es.

El París de los románticos infunde el respeto y la emoción del veterano heroico que ha sufrido y batallado por la consecución de un noble deseo. El París que ahora vemos, es el sucesor satisfecho de su herencia que solo tiene un pálido recuerdo para el ascendiente que le dio el bienestar y la vida, y hasta sonríe con piedad de sus manías y defectos.

Aquel país de los románticos que batallaba en la Grand Chaumière y bajo los castaños de los Campos Elíseos; que se entretenía de noche en desesperar al portero Pipelet con frases de niño, y amaba el vaso de vino, la canción de Berenger y el talle de Mimi o de Musette, dulces musas vestidas con trajes de unos cuantos sueldos; el París de los bohemios, y de la «Joven Francia», fue también el de las batallas generosas por los ideales literarios y el de las revoluciones por la libertad. Aquellos buenos melencólicos un tanto infantiles, fueron los maestros del mundo durante muchos años. Enseñábanse los puños y cruzaban los bastones, clásicos y románticos, en el hemicycle del Teatro Francés, y como consecuencia de este choque florecía en el jardín de la inteligencia humana una nueva primavera literaria, que aún perdura con distintas hojas; levantábanse barricadas en las calles, en las tres famosas jornadas de julio, escapaban los Borbones para siempre, y esta revolución influía poderosamente en Europa y en el mundo entero.

El París de 1830 hablaba de la última oda de Victor Hugo, de las meditaciones de Lamartine, y tenía un Balzac romántico, que sin saberlo, engendraba el moderno naturalismo. El París del presente habla del circuito que seguirán tales o cuales automóviles en extraordinaria prueba de velocidad, y conoce hasta en sus menores detalles la vida de los genios que conquistaron la copa de honor o el cinturón de oro en varias suertes de «sport». Quedan algunos escritores, cada vez más olvidados y con menos público. La gente les llama «maitres», pero no los lee. Los únicos escritores de alguna celebridad con los periodistas que meten ruido con sus escándalos y se pican un brazo en duelo: los libros apenas se venden; los novelistas tienen que dedicarse al cuento homeopático en las columnas de los grandes diarios, para poder vivir.

¡Ay, el París de los románticos está muy lejos, perdido en las nieblas de la historia, a pesar de que aún no tiene un siglo de vejez! Por esto el observador experimenta cierto consuelo al contemplar los recuerdos de esta exposición, como si entrase en una casa antigua, de ambiente hospitalario, luego de vagar días y días por calles modernas, donde todo nos es hostil y extraño como si viviésemos perdidos en un desierto.

En una litografía aparece la plaza del Carroussel, no despejada como lo es ahora, sino con un barrio de casas viejas ocupando sus centros. ¡Ah, las conocemos! En una de esas casas vivía la «prima Bette», la mujer más extraordinaria de todas las imaginadas por Balzac. Más allá estaba el cenáculo de los poetas jóvenes, donde Teófilo Gautier con su chaleco rojo y Gerardo de Nerval, pálido y triste suicida, improvisaban sus versos.

He aquí la plaza de los Vosgos con sus arcadas solitarias que tantas veces devolvieron el eco de los pasos de Hugo, habitante de una de sus casas; y en torno de este espacio rectangular, el tranquilo barrio del Marais, en cuyas callejuelas parece que van a encontrarse los nombres de Juan Valjean, del primo Pons y tantos otros personajes de novelas famosísimas, que ya no son francesas, pues pertenecen al tesoro de la humanidad entera.

La vida de los tiempos románticos da igualmente una fisonomía especial, venerable y dulce, al Sena en cuyas aguas mueve sus ruedas «La Parisiën», el primer vapor de servicio público; a sus orillas poco pobladas y de risuelos paisajes; a los bulevares de reciente creación; a la Bolsa en donde se agitan los personajes de Balzac, esbozos geniales de nuestros modernos financieros.

El idealismo de los tiempos románticos, el ansia de heroicidad, de grandes empresas de aquella generación que leía las *Orientales* de Hugo, las *Meditaciones* de Lamartine, y las primeras novelas de Balzac y Dumas, se revela más aún que en los hechos de la vida familiar en las tres jornadas revolucionarias de julio.

Como acción y como éxito, ningún movimiento popular puede compararse a la revolución de 1830 que acabó con los Borbones.

Las revueltas del siglo anterior que precedieron y completaron la llamada por antonomasia Revolución francesa, fueron mucho más fáciles. Luis XVI tenía poco ejército y una parte de este ejército se unió al pueblo en las dos jornadas decisivas de la Bastilla y la toma de las Tullerías.

En 1830 los Borbones, aleccionados por la experiencia, disponían de un gran ejército y éste, para mayor seguridad, tenía varios regimientos suizos destinados a guarnecer París.

El pueblo, solo armado al azar con el saqueo de armerías y museos históricos, sin jefes y sin otra dirección que la de su ideal romántico, marchó contra el rey y sus tropas, y consiguió la victoria después de una batalla de tres días.

Los caricaturistas de la época se divertieron durante el reinado de Luis Felipe en ridiculizar a los buenos burgueses de París, convertidos en guardias nacionales; pero estos tenderos panzudos, con gafes, pacificotes y un tanto pedantes en su solemne virtud, fueron leones durante tres días.

Destronar para siempre a los Borbones impuestos por la coalición europea, y batir un ejército de militares, realistas entusiastas o aguerridos mercenarios, sin más medios que la barricada levantada al azar, y las armas escasas que al caer muertos los combatientes se disputaban otros que presenciaban la lucha con las manos vacías, fue una empresa de las más heroicas.

De esta lucha grandiosa, la personalidad más grande y más romántica permanece en el misterio. Los poetas han cantado su heroísmo, la muchedumbre de 1830 tributó a su recuerdo honores de santidad, un puente del Sena lleva su nombre, y sin embargo, nadie conoce su historia ni su casa. Los artistas, al reproducir su hazaña, con el pincel o con el buril, tuvieron que representarlo de espaldas.

En lo más reciente de las jornadas revolucionarias, el pueblo se batió en las riberas del Sena inmediatas al Hotel de Ville, haciendo un fuego horrible desde la orilla derecha. Unos cuantos insurrectos contestaban parapetados tras la orilla izquierda. El puente que une ambas riberas permanecía solitario, barrido por el plomo y envuelto en humo.

Entonces se vio un espectáculo inaudito, absurdo por lo extraordinario. Un joven apareció con una bandera tricolor, que era entonces bandera de insurrección, opuesta a la de los Borbones, blanca, con las flores de lis.

¡Acordaos que mi nombre es Arcola! —dijo a los estudiantes.

¡Ah, romántico ansioso de gloria!... Tal vez fue un aprendiz de poeta que a las puertas de la muerte solo pensaba en su nombre.

Con la bandera en alto se lanzó puente adelante, al través del huracán de plomo. Los realistas, asombrados de tanta audacia, cesaron un instante el fuego, pero al ver que Arcola plantaba con aire de vencedor su bandera insurreccional en la orilla opuesta, y que los revolucionarios le seguían entusiasmados por su heroísmo, bajaron los fusiles y sonó una detonación inmensa, interminable, como una sucesión de truenos.

Bandera y hombre desaparecieron.

—¡Acordaos que me llamo Arcola!

Esto fue todo. Ni historia ni rostro pudo legar al entusiasmo póstumo.

Un apellido nada más, sobre el cual se han concentrado todos los resplandores de la gloria, mientras quedaba para siempre en el misterio el nombre que lo llevó.

París, 4 de julio de 1908.